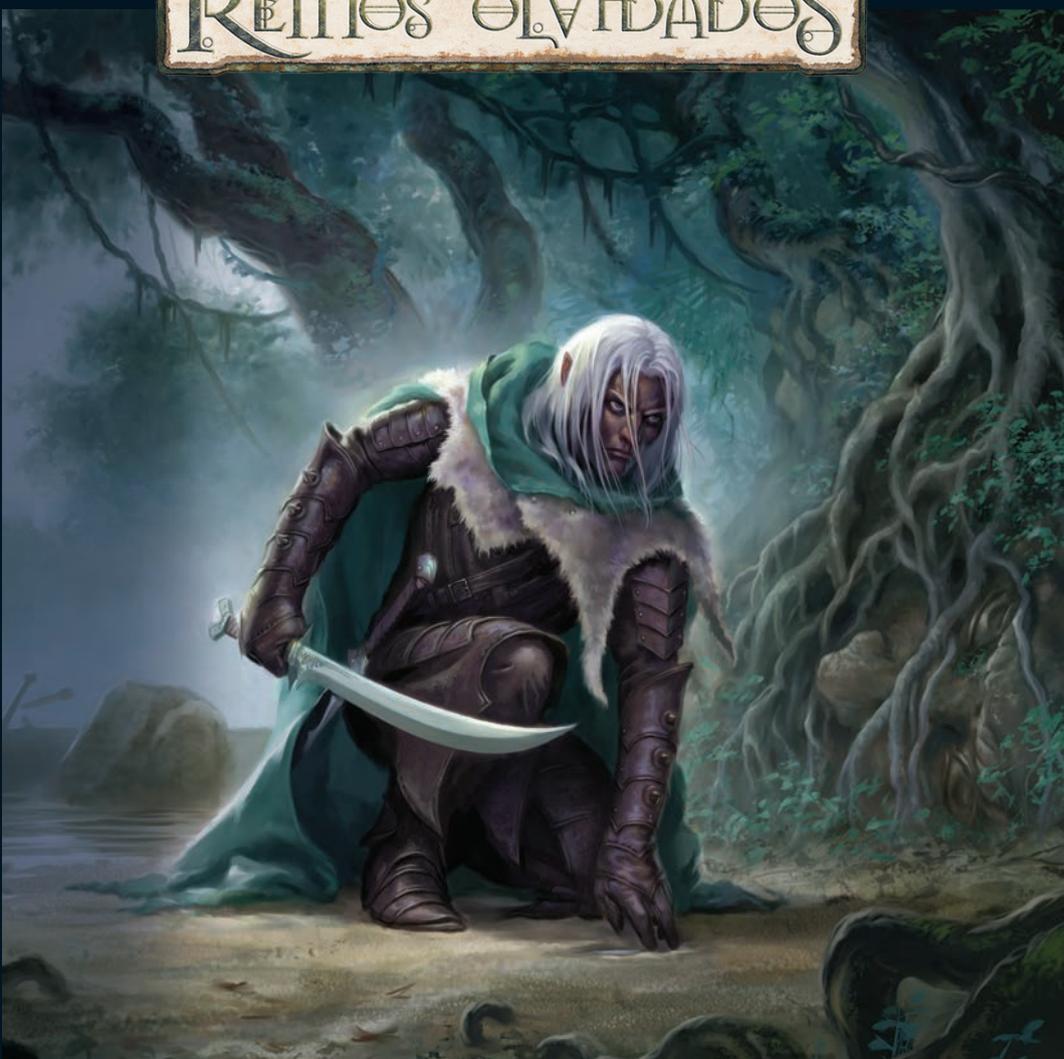


R. A. SALVATORE

El estigma de Errtu

LA LEYENDA DE DRIZZT

REINOS OLVIDADOS®



SENDAS DE TINIEBLAS · VOLUMEN 1

minotauro



EL ESTIGMA DE ERRTU

SENDAS DE TINIEBLAS I

R. A. SALVATORE

minotauro

Título: *Sendas de tinieblas nº 01/03 El estigma de Errtu*

DUNGEONS & DRAGONS, FORGOTTEN REALMS, their respective logos, and The Legend of Drizzt are trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

© 2023 Wizards of the Coast. Used with permission. Licensed by Hasbro.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC

Título original: *The Silent Blade*

Ilustración de la cubierta: Todd Lockwood

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

ISBN: 978-84-450-1121-8

Depósito legal: B. 1.071-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

UN EXTRAÑO EN CASA

Artemis Entreri se encontraba sobre una colina rocosa que dominaba la inmensa ciudad polvorienta, intentando ordenar los innumerables pensamientos que daban vueltas en su interior. Alzó una mano para limpiarse el polvo y la arena de los labios y los pelos de la perilla que se había dejado, y fue al pasarse la mano cuando se dio cuenta de que no se había afeitado el resto de la cara desde hacía varios días, ya que ahora la pequeña barba, en lugar de resaltar con claridad sobre el rostro, se extendía a lo largo de las mejillas.

A Entreri no le importó.

El viento hacía ondear muchos mechones de la larga melena sujeta en la nuca, y los caprichosos cabellos le golpeaban el rostro y se introducían en sus negros ojos.

A Entreri no le importó.

Contemplaba Calimport con fijeza e intentaba con todas sus fuerzas mirar en su interior. Había vivido casi dos tercios de su vida en la enorme ciudad de la costa meridional, y allí había empezado a destacar como guerrero y asesino; era el único lu-

gar al que podía llamar realmente su hogar. Observándolo desde lo alto, marrón y polvoriento, el implacable sol del desierto centelleaba sobre el mármol blanco de las casas más importantes, y también iluminaba los incontables cuchitriles, chozas y tiendas de lona desgarrada dispuestos a lo largo de las calzadas, calzadas fangosas debido a la falta de un alcantarillado adecuado. Al contemplar Calimport ahora, a su regreso, el asesino no sabía cómo sentirse. Hubo un tiempo en que sabía cuál era su puesto en el mundo. Había alcanzado la cumbre de su inicua profesión, y cualquiera que pronunciara su nombre lo hacía con veneración y miedo. Cuando un bajá contrataba a Artemis Entreri para matar a un hombre, aquel hombre no tardaba en morir. Sin excepción. Y, a pesar de los muchos enemigos que sin duda se había creado, el asesino había conseguido pasear por las calles de Calimport abiertamente, sin saltar de sombra en sombra, con la total seguridad de que nadie sería tan osado como para actuar contra él.

Nadie se atrevería a disparar una flecha contra Artemis Entreri, ya que sabían que aquel único disparo tenía que ser perfecto, debía acabar con este hombre que parecía estar por encima de las veleidades de los simples mortales, o de lo contrario éste iría en su busca; y los encontraría, y los mataría.

Un movimiento a su lado, la leve variación de una sombra, llamó la atención de Entreri, que sacudió la cabeza y suspiró, nada sorprendido, cuando una figura embozada saltó desde las rocas, unos seis metros por delante de él, y se quedó cerrándole el paso, los brazos cruzados sobre el fornido pecho.

—¿Vas a Calimport? —preguntó el hombre con un acento meridional muy marcado.

Entreri no contestó; se limitó a seguir con la cabeza mirando al frente, si bien sus ojos recorrieron veloces las muchas rocas que bordeaban el sendero.

—Tienes que pagar por pasar —siguió el hombre fornido—. Soy tu guía. —Hizo una reverencia y luego se alzó mostrando una sonrisa desdentada.

Entreri había oído muchas historias sobre este habitual juego de obtener dinero mediante la intimidación, aunque nunca antes había habido nadie tan osado como para cortarle el paso. Sí, desde luego, comprendió, llevaba fuera demasiado tiempo. No obstante, siguió sin responder, y el hombretón cambió de posición y se abrió la capa para dejar al descubierto una espada bajo el cinturón.

—¿Cuántas monedas ofreces? —inquirió.

Entreri hizo intención de indicarle que se apartara pero cambió de idea y se limitó a volver a suspirar.

—¿Eres sordo? —dijo el otro, al tiempo que desenvainaba la espada y avanzaba un paso más—. O me pagas, o yo y mis amigos cogeremos las monedas de tu cuerpo destrozado.

Entreri no respondió, no se movió ni sacó su daga enjoyada, su única arma; permaneció allí inmóvil, y su falta de reacción pareció enfurecer todavía más al otro hombre.

Éste dirigió una veloz mirada a un lado —a la izquierda de Entreri— de un modo apenas perceptible, pero el asesino captó con nitidez la mirada, y la siguió hasta uno de los compañeros del salteador, que sostenía un arco desde las sombras entre dos enormes rocas.

—Ahora —insistió el hombre fornido—. Es tu última oportunidad.

Entreri enganchó la punta del pie bajo una roca, pero no realizó ningún otro movimiento. Permaneció a la espera, la mirada fija en el hombre fornido, pero sin perder de vista al arquero con el rabillo del ojo. Con tal eficiencia podía interpretar el asesino los movimientos de los hombres, la más leve contracción muscular, el parpadeo de un ojo, que fue él quien hizo el primer movimiento. Entreri dio un salto en diagonal, al frente y a la izquierda, y rodó sobre sí mismo a la vez que asestaba un puntapié con el pie derecho; lanzó la piedra en dirección al arquero, no para golpearlo —eso habría estado incluso más allá de las habilidades de Artemis Entreri— sino con la esperanza de distraerlo. Mientras realizaba la voltereta, el asesino dejó que su capa revoloteara a su antojo, confiando en que pudiera atrapar la flecha y frenar en algo su velocidad.

No necesitaba haberse preocupado por ello, ya que el arquero erró por completo el disparo y lo habría hecho igualmente aunque él no se hubiera movido.

En cuanto acabó de rodar, Entreri afianzó bien los pies y se dispuso a enfrentarse a los espadachines que cargaban contra él, consciente de que otros dos bandoleros acababan de salir de entre las rocas a ambos lados del sendero.

Sin mostrar todavía ninguna arma, el asesino se lanzó inesperadamente hacia adelante, y en el último instante se agachó para esquivar el ataque de la espada; luego se incorporó con fuerza por detrás de la silbante hoja y agarró con una mano la barbilla de su atacante en tanto que la otra se colocaba detrás de la cabeza y sujetaba con fuerza sus cabellos. Una torsión y un giro arrojaron al espadachín al suelo. Entreri lo soltó y alzó la mano hacia el arma del hombre para repeler cualquier intento de ataque. Su

adversario cayó de espaldas con un fuerte golpe, y en ese momento Entreri le asestó un pisotón en la garganta. La mano del caído que sujetaba la espada perdió fuerza, casi como si entregara el arma a su oponente, quien la cogió con presteza.

El asesino se apartó de un salto, para evitar que sus pies se enredaran cuando los otros dos hombres iniciaran el ataque, uno por delante, el otro por la espalda. La espada que empuñaba Entreri centelleó cuando éste asestó una estocada con la izquierda, seguida por un espectacular ataque en forma de molinete. El hombre retrocedió fuera del alcance de Entreri, pero el ataque no había sido pensado realmente para herir, y el asesino pasó la espada a su mano derecha y dio un repentino paso atrás, muy repentino, a la vez que giraba la mano y la espada para lanzar una estocada a su espalda; al instante notó cómo la punta penetraba en el pecho del enemigo y escuchó un sonoro jadeo cuando la hoja se hundió en un pulmón.

Por puro instinto Entreri viró en redondo manteniendo al atacante empalado, al que hizo girar para usarlo como escudo contra el arquero, que volvió a disparar. Pero, una vez más, éste erró el tiro, y en esta ocasión la flecha se hundió en el suelo varios centímetros por delante del asesino.

—Idiota —masculló éste y, con una violenta sacudida, arrojó al suelo a su última víctima, al tiempo que liberaba el arma con un grácil y veloz movimiento. Con tal brillantez había ejecutado la maniobra que el espadachín que quedaba en pie comprendió por fin su desatino, dio media vuelta, y huyó.

Entreri volvió a girar en redondo, arrojó la espada en la dirección en que se encontraba el arquero, y corrió a ocultarse.

Transcurrió un largo instante.

—¿Dónde está? —llamó el arquero, y su voz denotaba su temor y contrariedad—. ¿Lo ves, Merk?

Transcurrió otro largo instante.

—¿Dónde está? —volvió a llamar el arquero, cada vez más frenético—. ¿Dónde está, Merk?

—Justo a tu espalda —musitó una voz. Una daga engastada con piedras preciosas centelleó en el aire y cortó la cuerda del arco para luego, antes de que el aturdido hombre consiguiera reaccionar, apoyarse en la parte delantera de su garganta.

—Por favor —tartamudeó el hombre, temblando de tal manera que fueron sus movimientos, no los de Entreri, los que provocaron la primera incisión de la afilada hoja—. Tengo hijos, sí. Muchos, muchos hijos. Diecisiete...

Calló con un borboteo cuando el asesino lo degolló de oreja a oreja, al tiempo que levantaba un pie para apoyarlo contra la espalda del hombre y lo derribaba boca abajo en el suelo de una patada.

—En ese caso deberías haber elegido una profesión más segura —contestó Entreri, aunque el otro ya no podía oírlo.

Atisbando por encima de las rocas, el asesino no tardó en localizar al cuarto miembro del grupo, que avanzaba por el camino moviéndose de sombra en sombra. Estaba claro que el hombre se encaminaba a Calimport, pero estaba demasiado atemorizado para salir y echar a correr en terreno abierto. Entreri sabía que podía atraparlo, o tal vez volver a sujetar la cuerda en el arco y derribarlo desde donde se encontraba; pero no lo hizo, ya que apenas le importaba. Sin siquiera molestarse en registrar los cadáveres en busca de un botín, el asesino limpió y guardó su daga mágica y regresó al sendero. Sí, había estado fuera mucho, mucho tiempo.

Antes de abandonar la ciudad, Artemis Entreri había sabido cuál era su lugar en el mundo y en Calimport, y pensaba en ello ahora, mientras contemplaba la ciudad tras una ausencia de varios años. Sabía cómo era el sombrío mundo que había habitado y comprendía que sin duda habrían tenido lugar muchos cambios en aquellos callejones; antiguos compañeros habrían desaparecido, y su reputación probablemente no lo ayudaría en sus contactos iniciales con los nuevos jefes de las diferentes cofradías y sectas.

—¿Qué me has hecho, Drizzt Do'Urden? —preguntó con una risita, pues el mayor cambio acaecido en la vida de Artemis Entreri se había iniciado cuando cierto bajá Pook lo había enviado en una misión para recuperar un colgante con un rubí mágico que estaba en manos de un halfling fugitivo. Una tarea muy sencilla, había pensado Entreri. El asesino conocía al halfling Regis y éste no debiera haber resultado un adversario difícil.

Entreri no tenía la menor idea entonces de que Regis había demostrado poseer una gran astucia al rodearse de poderosos aliados, en particular el elfo oscuro. ¿Cuántos años hacía, se preguntó, desde su primer encuentro con Drizzt Do'Urden, desde que había tropezado con un guerrero de su misma talla, que podía con todo derecho colocar un espejo ante Entreri y mostrarle la mentira que era su existencia? Casi una década, se dijo, y mientras que él había envejecido y tal vez perdido agilidad, el elfo drow, que podía vivir seis siglos, no había envejecido un sólo día.

Sí, Drizzt había iniciado a Entreri en el sendero de la peligrosa introspección. La oscuridad no había hecho más que aumentar cuando el asesino había ido de nuevo en pos de

Drizzt, junto con los restos de la familia del drow. Drizzt había derrotado a Entreri en una elevada cornisa en el exterior de Mithril Hall, y el asesino habría muerto, de no haber sido porque un elfo oscuro oportunista de nombre Jarlaxle lo había rescatado. Jarlaxle lo había llevado a Menzoberranzan, la inmensa ciudad de los drows, la fortaleza de Lloth, la Reina Demonio del Caos. El asesino humano sí había encontrado una posición diferente allí abajo en una ciudad de intrigas y brutalidad. Allí, todo el mundo era un asesino, y Entreri, no obstante su extraordinario talento en el arte del asesinato, no era más que un humano, un hecho que lo relegaba al punto más bajo de la escala social.

Pero era más que la simple percepción de su posición lo que había afectado profundamente al asesino durante su estancia en la ciudad de los drows. Fue la comprensión de lo vacía que era su existencia. Allí, en una ciudad llena de Entreris, había llegado a reconocer lo disparatado de su confianza en sí mismo, de su ridícula noción de que su desapasionada dedicación al arte de la lucha lo había elevado en cierto modo por encima del populacho. Ahora lo sabía, al bajar la mirada hacia Calimport, a la ciudad que había sido su hogar y que parecía ser su último refugio en todo el mundo.

En la siniestra y misteriosa Menzoberranzan, Artemis Entreri había sido humillado.

Mientras se encaminaba a la lejana ciudad, el asesino se preguntó muchas veces si realmente deseaba este regreso. Sabía que sus primeros días resultarían peligrosos, pero no era el miedo a acabar sus días lo que proporcionaba vacilación a su paso, por lo general arrogante. Era el miedo a seguir viviendo.

Exteriormente, pocas cosas habían cambiado en Calimport, la ciudad del millón de mendigos, como a Entreri le gustaba llamarla. Como era de esperar, pasó junto a docenas de miserables desgraciados, que yacían cubiertos con harapos o desnudos en las cunetas de la carretera, la mayoría sin duda en el mismo lugar al que los habían arrojado los guardas de la ciudad por la mañana, cuando despejaban el paso para los carruajes dorados de los mercaderes importantes. Los desgraciados alargaban las manos hacia Entreri con temblorosos dedos huesudos, los brazos tan débiles y enflaquecidos que no podían mantenerlos en alto ni siquiera los pocos segundos que tardaba el despiadado asesino en pasar junto a ellos.

¿Adónde ir?, se preguntaba. Su antiguo patrón, el bajá Pook, llevaba mucho tiempo muerto, víctima de la poderosa pantera que acompañaba a Drizzt después de que Entreri hubiera cumplido las órdenes del hombre y devuelto a Regis el colgante con el rubí. Entreri no había permanecido mucho tiempo en la ciudad después del desgraciado incidente, ya que era él quien había llevado a Regis y aquéllo había dado lugar al fallecimiento de una figura influyente, lo que en el fondo era un borrón en el expediente del asesino tal y como lo veían sus nada misericordiosos compañeros. Podría haber subsanado la situación, sin duda con relativa facilidad, de haber ofrecido sencillamente sus servicios, por lo general inestimables, a otro poderoso jefe de una cofradía, pero había elegido marcharse; Entreri estaba decidido a vengarse de Drizzt, no por el asesinato de Pook —eso le importaba muy poco— sino porque él y el drow habían combatido con ferocidad sin alcanzar un resultado definitivo en las cloacas de la ciudad, un combate que el asesino todavía creía que debería haber ganado.

Andando por las sucias calles de Calimport ahora, tuvo que preguntarse qué reputación había dejado tras él. Sin duda, muchos otros asesinos habrían hablado mal de él durante su ausencia, habrían exagerado su fracaso en el incidente con Regis para reforzar sus propias posiciones dentro de la ley del más fuerte que reinaba en el arroyo.

Entreri sonrió mientras consideraba el hecho —y sabía que era un hecho— de que aquellas palabras en su contra habrían sido pronunciadas sólo en voz muy baja, porque incluso en su ausencia aquellos otros asesinos temerían el castigo. Tal vez él no supiera ya cuál era su puesto en el mundo. Tal vez Menzoberranzan había colocado un sombrío... no, no sombrío, sino simplemente vacío espejo ante sus ojos, pero lo que no podía negar era que todavía lo respetaban.

Un respeto que quizás tendría que volver a ganarse, se recordó con sarcasmo.

Mientras caminaba por las familiares calles, los recuerdos se iban agolpando en su mente. Sabía dónde se encontraban antes la mayoría de las sedes de las cofradías, y sospechaba que, a menos que hubiera tenido lugar una ambiciosa purga por parte de los gobernantes legítimos de la ciudad, muchas seguirían intactas y sin duda rebosantes con los camaradas que había conocido en el pasado. La casa de Pook se había visto sacudida hasta sus cimientos por la muerte del miserable bajá y, posteriormente, por el nombramiento del holgazán halfling Regis como sucesor de Pook. Entreri se había ocupado de aquel problema menor haciéndose cargo de Regis, y, no obstante el caos que se había adueñado de aquella casa, cuando el asesino había partido hacia el norte con el halfling a cuestas, la casa de Pook había sobrevi-

vido, y tal vez seguía en pie, si bien él sólo podía hacer conjeturas sobre quién podría estar al mando ahora.

Ése habría sido un lugar lógico al que dirigirse para reconstituir su base de poder en la ciudad, pero Entreri se limitó a encogerse de hombros y dejó atrás la avenida lateral que lo habría conducido hasta allí. Pensaba que no hacía más que deambular sin rumbo, pero no tardó en llegar a otra zona conocida y comprendió que de modo subconsciente se había estado dirigiendo a aquella parte, tal vez en un esfuerzo por recuperar su ánimo.

Eran éstas las calles donde un joven Artemis Entreri había dejado su primera marca en Calimport cuando, apenas un adolescente, había derrotado a todos los que desafiaron su supremacía y había combatido al hombre enviado por Theebles Royuset, el lugarteniente de la poderosa cofradía del bajá Basadoni. Entreri había eliminado a aquel matón y más tarde había hecho lo mismo con el desagradable Theebles, y el inteligente asesinato le había proporcionado el generoso favor de Basadoni; se había convertido en lugarteniente de una de las cofradías más poderosas de Calimport, de todo Calimshan, a la tierna edad de catorce años.

Pero ahora apenas le importaba, y recordar la historia ni siquiera provocó el más leve atisbo de sonrisa en su rostro.

Retrocedió más en sus pensamientos, al suplicio que lo había llevado hasta allí en primer lugar, sufrimientos demasiado grandes para que pudieran ser superados por un muchacho, engañado y traicionado por todos aquellos que conocía y en los que confiaba, en especial su propio padre. Aun así no le importaba; ni siquiera sentía ya aquel dolor. Carecía de sentido, era un vacío sin valor ni significado.

Vio a una mujer entre las sombras de una casucha, tendiendo ropa limpia a secar; la mujer se ocultó aún más entre las sombras, evidentemente por cautela, y él comprendió su inquietud, pues era un desconocido aquí, vestido con demasiado lujo con su gruesa y bien cosida capa de viaje para pertenecer a la ciudad de chabolas. En estos lugares brutales los desconocidos a menudo significaban peligro.

—De ahí a ahí —dijo una voz, la voz de un muchacho, llena de orgullo y con un dejo de temor. Entreri giró despacio y se encontró con un joven, un muchacho alto y delgado, que sostenía un garrote adornado con púas, que balanceaba nervioso.

Entreri lo observó con fijeza y se vio a sí mismo en el rostro del muchacho. No, no a sí mismo, se dijo, pues éste se mostraba demasiado nervioso. No era probable que este joven sobreviviera durante mucho tiempo.

—¡De ahí a ahí! —repitió el muchacho en voz más sonora, señalando con la mano libre desde el extremo de la calle por el que Entreri había aparecido, hasta el otro extremo, al que el asesino se dirigía.

—Perdonad, joven señor —respondió él, realizando una ligera reverencia, y palpando, al hacerlo, su daga, sujeta al cinturón bajo los pliegues de la capa. Un veloz movimiento de muñeca podría fácilmente lanzar el arma a cuatro metros de distancia, más allá de las torpes defensas del joven, y hundirla en su garganta.

—Señor —repitió el muchacho, y su tono pareció más una pregunta incrédula que una afirmación—. Sí: señor —decidió, satisfecho al parecer con el título—. Señor de esta calle, de todas estas calles, y nadie pasea por ellas sin el permiso de Taddio. —Al terminar, se golpeó varias veces el pecho con el pulgar.

Entreri se irguió y, por un instante, la muerte centelleó en sus negros ojos y las palabras «señor muerto» resonaron en su mente. El muchacho acababa de desafiarlo, y el Artemis Entreri de unos pocos años antes, un hombre que aceptaba y vencía todos los desafíos, se habría limitado a acabar con el joven allí mismo.

Pero ahora aquel destello de orgullo desapareció veloz, dejando al asesino impasible. Emitió un suspiro resignado, mientras se preguntaba si se encontraría con otro combate estúpido en el día de hoy. ¿Y para qué?, se dijo, contemplando a este jovencito confuso y lastimoso en una calle vacía sobre la que nadie con un ápice de sensatez se dignaría siquiera a reclamar la propiedad.

—Os pedí disculpas, joven señor —dijo con calma—. No lo sabía, pues soy nuevo en la zona y no conozco vuestras costumbres.

—¡Entonces deberías aprenderlas! —replicó él con enojo, envalentonado por la sumisa respuesta de Entreri y dando un par de poderosas zancadas al frente.

El asesino meneó la cabeza, y su mano partió en dirección a la daga, pero en lugar de ello, se dirigió hacia la bolsa colgada de su cinto. Extrajo una moneda de oro y la arrojó a los pies del pavoneante joven.

El muchacho, que bebía en las alcantarillas y comía los restos que conseguía encontrar en las callejuelas situadas tras las casas de los mercaderes, no consiguió ocultar su sorpresa y asombro ante tal tesoro. Consiguió recuperar la compostura al cabo de un instante, de todos modos, y volvió a mirar a Entreri con aire de superioridad.

—No es suficiente —dijo.

El otro arrojó una nueva moneda de oro y otra de plata.

—Eso es todo lo que tengo, joven señor —repuso, extendiendo las manos a los lados.

—Si te registro y descubro que me has mentido... —amenazó el joven.

Entreri volvió a suspirar, y decidió que si el otro se acercaba lo mataría deprisa y sin sufrimiento.

El muchacho se inclinó y recogió las tres monedas.

—Si regresas a los dominios de Taddio, trae más monedas contigo —declaró—. Te lo advierto. ¡Ahora vete! ¡Por el mismo extremo de la calle por el que entraste!

Entreri volvió la cabeza para mirar el lugar por el que había venido. Lo cierto era que una dirección le parecía tan buena como cualquier otra en aquel momento, de modo que realizó una leve reverencia y retrocedió fuera de los dominios de Taddio, que no tenía ni idea de lo afortunado que había sido ese día.

El edificio de tres pisos, adornado con primorosas esculturas y mármol reluciente, resultaba realmente la residencia más impresionante de todas las cofradías de ladrones. Por lo general tales sombríos personajes intentaban mantener el anonimato, residiendo en casas cuyo exterior no tenía nada de extraordinario, aunque eran, realmente, palaciegas en su interior; pero no sucedía así con la casa del bajá Basadoni. El anciano —y era realmente viejo ahora, cercano a los noventa años— gozaba de sus lujos, y disfrutaba mostrando el poder y esplendor de su cofradía a todo el que quisiera mirar.

En una estancia enorme en medio del segundo piso, la sala de reunión de los jefes principales de Basadoni, los dos hombres y la mujer que realmente manejaban las actividades diarias de la extensa cofradía conversaban con un joven matón callejero. Era más bien un muchacho que un hombre, una figura de poco relieve que se mantenía en el poder gracias al respaldo del bajá Basadoni y no desde luego por su propia astucia.

—Al menos es leal —comentó Mano, un ladrón callado y sutil, el señor de las sombras, cuando Taddio los dejó—. Dos piezas de oro y una de plata... No es un botín pequeño para alguien que actúa en el arroyo.

—Si es eso todo lo que recibió de su visitante —respondió Sharlotta Vespers.

Con su metro ochenta de estatura, Sharlotta era la más alta de los tres capitanes, y tenía un cuerpo esbelto y movimientos gráciles, tan gráciles que el bajá Basadoni le había puesto por apodo *Sauce Llorón*. No era ningún secreto que Basadoni la había convertido en su amante y todavía la usaba de ese modo en las raras ocasiones en que su viejo cuerpo estaba en condiciones de realizar tal tarea; también era del dominio público que la mujer había utilizado tal romance en su beneficio y había ascendido de categoría gracias al lecho de Basadoni. Ella misma admitía tal cosa, normalmente justo antes de matar al hombre o a la mujer que se habían quejado de ello. Una sacudida de su cabeza agitó la negra cabellera que le llegaba hasta la cintura y la hizo descansar sobre un hombro, de modo que Mano pudo ver con claridad su expresión burlona.

—Si Taddio hubiera recibido más, habría entregado más —aseguró el ladrón. Pese a su rabia, el tono de su voz mostraba un indicio

de la contrariedad que él y su otro compañero, Kadran Gordeon, sentían siempre cuando trataban con la altiva Sharlotta. Mano dirigía los servicios poco llamativos de las actividades de Basadoni, los rateeros y las prostitutas que operaban en el mercado, en tanto que Kadran Gordeon se ocupaba de los soldados del ejército que patrullaba las calles. Pero Sharlotta, el *Sauce Llorón*, gozaba de la confianza de Basadoni por encima de todos ellos; ejercía como asistente principal del bajá y como portavoz del ahora pocas veces visible anciano.

Cuando Basadoni muriera finalmente, estos tres lucharían por el mando, sin duda, y mientras que aquellos que conocían sólo las verdades periféricas de la cofradía sin duda estarían a favor del insolente y ruidoso Kadran Gordeon, otros, como Mano, que entendían mejor el auténtico funcionamiento interior se daban cuenta de que Sharlotta Vespers había dado ya muchos, muchos pasos para asegurar y fortalecer su posición ya fuera con el espectro de Basadoni alzándose sobre ellos o sin él.

—¿Cuántas palabras malgastaremos sobre el modo de actuar de un muchacho? —se quejó Kadran Gordeon—. Tres nuevos mercaderes han instalado quioscos en el mercado a dos pasos de nuestra casa sin nuestro permiso. Ése es un asunto más importante que requiere toda nuestra atención.

—Ya lo hemos discutido —replicó Sharlotta—. Quieres que te demos permiso para enviar a tus soldados, tal vez incluso un mago guerrero, para darles una lección a los mercaderes. Esta vez no lo conseguirás.

—Si aguardamos a que el bajá Basadoni se pronuncie finalmente sobre el asunto, otros comerciantes empezarán a creer que tampoco ellos tienen que pagarnos por el privilegio de operar dentro de los límites de nuestra zona de protección. —Se volvió

hacia Mano, pues el menudo truhan era con frecuencia su aliado en las discusiones con Sharlotta; pero el ladrón aparecía claramente ensimismado, contemplando una de las monedas que el joven Taddio le había entregado. Al percibir que lo observaban, Mano alzó la vista hacia los otros dos.

—¿Qué ocurre? —inquirió Kadran.

—No había visto una como ésta —explicó él, arrojando la moneda a su fornido compañero.

Kadran la atrapó y examinó con rapidez; luego se la pasó a Sharlotta a la par que comentaba:

—Tampoco he visto yo nunca una con este sello. Me parece que no es de la ciudad, ni de ninguna parte de Calimshan.

Sharlotta estudió la moneda con atención, y un parpadeo de reconocimiento apareció en sus sorprendentes ojos verde claro.

—La medialuna —observó; luego le dio la vuelta—. La silueta de un unicornio. Esta moneda procede de la región de Luna Plateada.

Los otros dos intercambiaron una mirada, tan sorprendidos por el descubrimiento como Sharlotta.

—¿Luna Plateada? —repitió Kadran incrédulo.

—Una ciudad muy al norte, al este de Aguas Profundas —repuso la mujer.

—Ya sé dónde se encuentra Luna Plateada —replicó Kadran en tono seco—. El territorio de la dama Alustriel, tengo entendido. No es eso lo que encuentro sorprendente.

—¿Por qué se pasearía un mercader, si es que era un mercader, de Luna Plateada por la miserable zona de chabolas de Taddio? —inquirió Mano, haciéndose eco perfectamente de las sospechas de su camarada.

—Realmente, me pareció curioso que alguien con una fortuna de más de dos piezas de oro estuviera en esa zona —coincidió Kadran, frunciendo los labios y torciendo la boca en aquel gesto tan suyo que elevaba un extremo de su largo y curvado bigote muy por encima del otro, lo que proporcionaba a todo su oscuro rostro un aspecto inarmónico—. Ahora parece haberse vuelto más curioso todavía.

—Un hombre que entrara en Calimport probablemente lo haría desde los muelles —razonó Mano—, y se encontraría perdido en sus innumerables calles y olores. Al fin y al cabo, gran parte de la ciudad tiene el mismo aspecto. No sería difícil que un extranjero vagara sin rumbo.

—No creo en las coincidencias —contestó Sharlotta. Volvió a arrojar la moneda a Mano—. Llévala a uno de nuestros socios hechiceros... Giunta el Adivino servirá. Tal vez queden suficientes rastros de la identidad de su anterior dueño en las monedas para que Giunta pueda localizarlo.

—Parece demasiado esfuerzo por alguien tan asustado del muchacho como para rehusarse siquiera a pagar —objetó Mano.

—No creo en las coincidencias —repitió ella—. No creo que nadie se sintiera tan intimidado por ese despreciable Taddio, a menos que sea alguien que sepa que trabaja como pantalla para el bajá Basadoni. Y no me gusta la idea de que alguien tan enterado de nuestras actividades se pusiera a vagar por nuestro territorio sin ser anunciado. ¿Buscaba acaso algo? ¿Un punto débil?

—Supones mucho —intervino Kadran.

—Sólo cuando existe peligro —replicó Sharlotta—. Considero a todo el mundo enemigo hasta que se me demues-

tra lo contrario, y he descubierto que, si conozco a mis enemigos, puedo estar preparada para cualquier cosa que puedan enviar contra mí.

No podía pasarse por alto la ironía presente en sus palabras, dirigidas como iban éstas a Kadran Gordeon, pero incluso el peligroso soldado tuvo que manifestar su acuerdo con el juicio y la prevención de la mujer. No sucedía todos los días que un comerciante con monedas de la lejana Luna Plateada se paseara por uno de los desolados distritos de chabolas de Calimport.

Conocía esa casa mejor que cualquier otra de la ciudad. En el interior de aquellas vulgares paredes marrones, bajo la fachada de un almacén corriente, colgaban tapices bordados con hilo de oro y armas magníficas. Al otro lado de la puerta lateral, permanentemente atrancada, donde un viejo mendigo se acurrucaba ahora en busca de un pobre cobijo, había una estancia de hermosas bailarinas, llena de velos arremolinados y perfumes seductores, baños calientes con agua perfumada, y delicadezas culinarias de todos los rincones de los Reinos.

La casa había pertenecido al bajá Pook, y tras su fallecimiento el enemigo jurado de Entreri se la había entregado a Regis el halfling, que había gobernado allí brevemente, hasta que Entreri había decidido que el pequeño necio ya había mandado allí el tiempo suficiente. Cuando el asesino había abandonado Calimport con Regis, la última vez que había visto la polvorienta ciudad, la casa se encontraba en completo desorden, con varias facciones luchando por el poder, y sospechaba que Quentin Bodeau, un ladrón veterano con más de veinte años de experiencia en la socie-

dad, había ganado la batalla. Lo que no sabía era si había merecido la pena vencer en una lucha tan cruenta. Quizás alguna otra cofradía se había instalado en el territorio; quizás el interior del almacén de color marrón era ahora tan poco interesante como el exterior.

Entreri lanzó una risita ante las diferentes posibilidades, pero apartó rápidamente tales ideas del pensamiento. Tal vez acabaría por introducirse a hurtadillas en el lugar, sólo para satisfacer aquella leve curiosidad. Tal vez no.

Permaneció unos instantes junto a la puerta lateral, lo bastante cerca del mendigo supuestamente lisiado para reconocer la ingeniosa ligadura que ataba su segunda pierna contra el muslo. El hombre era un centinela, sin duda alguna, y la mayoría de las monedas de cobre que Entreri vio en el interior del saco abierto ante él habían sido colocadas allí por el hombre mismo, para cubrir apariencias y dar mayor credibilidad al disfraz.

No importaba, se dijo el asesino. Representando el papel de un visitante lego en Calimport, pasó ante el hombre e introdujo la mano en su propia bolsa, de la que sacó una moneda de plata que dejó caer en el saco. Observó cómo los ojos del falso anciano se abrían un poco más durante unos instantes cuando echó hacia atrás la capa para llegar hasta su bolsa y dejó al descubierto la empuñadura de su incomparable daga recubierta de joyas, un arma bien conocida en los callejones y lugares oscuros de Calimport.

¿Había sido un insensato al mostrar aquella arma?, se preguntó Entreri mientras se alejaba. No tenía ninguna intención de darse a conocer cuando había llegado a ese lugar, pero tampoco tenía la intención de ocultarse. La pregunta y la inquietud, como sus meditaciones sobre el destino de la casa de Pook, no encontraron un lugar en el que instalarse en el conjunto de sus

errantes pensamientos. Tal vez se había equivocado. Tal vez había enseñado la daga en un intento desesperado de obtener un poco de emoción. Y era posible que el hombre la hubiera reconocido como la marca de Entreri, o probablemente le había llamado la atención como un arma de gran belleza.

No importaba.

LaValle se esforzó sobremanera para mantener la respiración pausada y hacer caso omiso de los murmullos de los nerviosos socios que lo rodeaban, mientras atisbaba con atención en la bola de cristal algo más tarde aquella misma noche. El agitado centinela había informado del incidente en el exterior, un donativo de una moneda desconocida hecho por un hombre que pasaba con el porte tranquilo y seguro de un guerrero y que lucía una daga digna del capitán de la guardia de un rey.

La descripción de la daga había puesto frenéticos a los miembros más veteranos de la casa, incluido el hechicero LaValle, un viejo camarada del mortífero Artemis Entreri que había visto aquella daga muchas veces y desagradablemente cerca en demasiadas ocasiones. El mago había usado aquella información previa y su bola de cristal para localizar al desconocido. Sus ojos mágicos peinaron las calles de la ciudad, moviéndose de una sombra a otra, hasta que al fin sintió cómo la imagen crecía y supo que realmente la daga de Entreri había regresado a la ciudad. Ahora, mientras la imagen empezaba a tomar forma, el mago y los que se encontraban a su lado, un muy nervioso Quentin Bodeau y dos engreídos asesinos más jóvenes, averiguarían si era de verdad el más letal de los asesinos quien la llevaba.

Un pequeño dormitorio se hizo visible.

—Eso es la posada de Tomnoddy —explicó Dog Perry, que se llamaba a sí mismo Dog Perry el Corazón por su costumbre de extraer el corazón de una víctima con tal rapidez que el moribundo podía contemplar sus postreros latidos (aunque nadie aparte del mismo Dog Perry había presenciado nunca la realización de tal hazaña).

LaValle alzó una mano para hacer callar al hombre al tiempo que la imagen se tornaba más nítida, concentrándose en el cinturón arrollado al poste inferior de la cama, un cinturón que incluía la reveladora daga.

—Es la de Entreri —indicó Quentin Bodeau con un gemido.

Un hombre pasó junto al cinturón, desnudo hasta la cintura, mostrando un cuerpo pulido por años y años de duro entrenamiento, en el que los músculos se crispaban con cada movimiento. Quentin adoptó una expresión curiosa mientras estudiaba al hombre, los largos cabellos, la perilla y la barba rasposa y descuidada; el Entreri que él había conocido era meticuloso hasta en el más mínimo detalle, un perfeccionista al máximo. Miró a LaValle en busca de respuesta.

—Es él —respondió sombrío el hechicero, que conocía a Artemis Entreri tal vez mejor que nadie en la ciudad.

—¿Qué significa eso? —inquirió Quentin—. ¿Ha regresado como amigo o como enemigo?

—Ni una cosa ni la otra —respondió el otro—. Artemis Entreri ha sido siempre un espíritu libre, sin mostrar nunca una devoción excesiva a ninguna cofradía concreta. Se pasea por entre las riquezas de todos ellos, alquilándose al que pague mejor sus eficientes servicios.

Mientras hablaba, el hechicero echó una mirada a los dos jóvenes asesinos, ninguno de los cuales conocía a Entreri más que por su reputación. Chalsee Anguaine, el más joven, lanzó una risita nerviosa —y prudente, se dijo LaValle— pero Dog Perry entrecerró los ojos mientras estudiaba al hombre de la bola de cristal, y el hechicero comprendió que estaba celoso, ya que Dog Perry deseaba, por encima de todo, aquello que Entreri poseía: la indiscutible reputación de ser el más letal de los asesinos.

—Tal vez deberíamos encontrar un motivo para necesitar sus servicios rápidamente —resolvió Quentin Bodeau, intentando a todas luces no parecer nervioso, pues en el peligroso mundo de las cofradías de ladrones de Calimport, el nerviosismo equivale a debilidad—. De ese modo podremos averiguar mejor sus intenciones y el motivo de su regreso a Calimport.

—O podríamos limitarnos a matarlo —intervino Dog Perry, y LaValle reprimió una risita divertida ante un punto de vista tan previsible y su convicción de que el maleante sencillamente no comprendía la verdad sobre Artemis Entreri. Puesto que no era ni amigo ni admirador del insolente joven matón, LaValle casi deseó que Quentin concediera a Dog Perry su deseo y lo enviara en pos de Entreri.

Pero Quentin, si bien nunca había tratado con el asesino personalmente, recordaba bien las innumerables historias sobre la labor de éste, y la expresión que el jefe de la cofradía dirigió a Dog Perry era de total incredulidad.

—Alquívalo si lo necesitas —dijo LaValle—. O, si no, límitate a vigilarlo sin amenazarlo.

—Él es un hombre solo y nuestra sociedad tiene un centenar —protestó Dog Perry, pero ya nadie lo escuchaba.

Quentin hizo intención de replicar, pero se detuvo bruscamente; aun así, su expresión mostraba a las claras lo que pensaba. Evidentemente, temía que Entreri hubiera regresado para apoderarse del gremio, y no sin cierto fundamento. Desde luego el más letal de los asesinos conservaba todavía muchos contactos poderosos en la ciudad, suficientes para que, con la ayuda de sus sorprendentes habilidades, derribara a alguien como Quentin Bodeau. No obstante, LaValle no consideraba bien fundados los temores del cabecilla, pues el hechicero comprendía a Entreri lo suficiente para darse cuenta de que éste nunca había ansiado tal puesto de responsabilidad. El asesino era un solitario, no un jefe de cofradía. Una vez que hubo destronado al halfling Regis de su corto reinado como jefe de gremio, el puesto había quedado a disposición de Entreri y, sin embargo, éste se había marchado, sencillamente se había ido de Calimport, dejando que todos los otros se pelearan por hacerse con el cargo.

No, LaValle no creía que Entreri hubiera regresado para hacerse con esta cofradía ni con cualquier otra, y así se lo transmitió en silencio al nervioso Quentin.

—Cualquiera que sea nuestra decisión, me parece obvio que primero deberíamos limitarnos a observar a nuestro peligroso amigo —observó el hechicero, en beneficio de los dos lugartenientes más jóvenes— para averiguar si es amigo, enemigo, o ni lo uno ni lo otro. Carece de sentido enfrentarse a alguien tan fuerte como Entreri hasta que hayamos decidido que debemos hacerlo, y no creo que ése sea el caso.

Quentin asintió, satisfecho de escuchar aquella confirmación, y con una inclinación LaValle se despidió, y los otros siguieron su ejemplo.

—Si Entreri es una amenaza, habría que eliminarlo —comentó Dog Perry al hechicero, alcanzándolo en el pasillo justo frente a su habitación—. El amo Bodeau lo habría comprendido si tu consejo hubiera sido diferente.

LaValle contempló con dureza y durante un buen rato al advenedizo, pues no le gustaba que alguien con la mitad de su edad y escasa experiencia en tales menesteres se dirigiera a él de ese modo, ya que no en vano el hechicero llevaba tratando con asesinos peligrosos como Artemis Entreri antes de que Dog Perry naciera siquiera.

—No diré que estoy en desacuerdo contigo —contestó al hombre.

—Entonces ¿por qué ese consejo a Bodeau?

—Si Entreri ha venido a Calimport a petición de otra cofradía, entonces cualquier acción del amo Bodeau podría acarrear consecuencias espantosas a la nuestra —respondió el hechicero, improvisando mientras hablaba, pues no creía una sola palabra de lo que decía—. Sin duda ya sabes que Artemis Entreri aprendió el oficio a las órdenes del bajá Basadoni en persona.

—Desde luego —mintió Dog Perry.

LaValle adoptó una pose pensativa, golpeándose los labios fruncidos con uno de los dedos.

—Tal vez resulte no ser un problema para ninguno de nosotros —explicó—. Sin duda cuando corra por las calles la noticia del regreso de Entreri, un Entreri más viejo y lento, como comprenderás, y tal vez con menos contactos que cuando abandonó la ciudad, ese mismo hombre peligroso quedará marcado.

—Ha hecho muchos enemigos —razonó el otro, impaciente, y parecía bastante intrigado por las palabras y el tono de voz de su interlocutor.

—La mayoría de los enemigos del Artemis Entreri que abandonó Calimport años atrás están muertos —repuso el hechicero—. No, no hablo de enemigos, sino de rivales. ¿Cuántos asesinos jóvenes y astutos ansían obtener el poder que podrían encontrar con una simple estocada?

Dog Perry entrecerró los ojos, empezando, justo entonces, a caer en la cuenta.

—El que mate a Entreri, en esencia, reclamará el honor de haber matado a todos a los que Entreri mató —siguió LaValle—. De un sólo mandoble se puede obtener tal reputación. El que mate a Entreri se convertirá casi al instante en el asesino más bien pagado de toda la ciudad. —Se encogió de hombros y alzó las manos; luego cruzó el umbral de su habitación, dejando a un intrigado Dog Perry de pie en el corredor con el eco de sus palabras.

En realidad, a LaValle apenas le importaba si el joven alborotador tomaba al pie de la letra o no aquellas palabras, pero sí le preocupaba el retorno del asesino. Entreri acobardaba al hechicero mucho más que todos los otros peligrosos personajes junto a los que LaValle había trabajado durante tantísimos años. El mago había sobrevivido mediante la técnica de no resultar una amenaza para nadie, de servir sin juzgar a quienquiera que hubiera accedido al poder dentro de la cofradía. Había servido al bajá Pook de un modo admirable y, cuando Pook fue liquidado, había cambiado su vasallaje completa y fácilmente en favor de Regis, e incluso había convencido al protector elfo oscuro y a los amigos enanos de Regis de que él no significaba una amenaza. De igual modo, cuando Entreri se había opuesto a Regis, LaValle se había retirado y dejado

que los dos resolvieran la cuestión (aunque, desde luego, nunca había existido la menor duda en la mente del hechicero sobre cuál de los dos triunfaría), para luego entregar su lealtad al vencedor. Y así había continuado, un año tras otro durante el tumulto que siguió a la partida de Entreri, hasta el actual jefe de la cofradía, Quentin Bodeau.

No obstante, con respecto a Entreri existía una sutil diferencia. Durante décadas, LaValle había ido construyendo una considerable defensa aislante a su alrededor; trabajaba duro para no crearse enemigos en un mundo donde todos parecían estar enzarzados en letal competencia, pero también comprendía que incluso un espectador bien predispuesto podía verse atrapado y masacrado en las batallas corrientes. Así pues, había construido una defensa de poderosa magia, de modo que si alguien como Dog Perry decidía, por el motivo que fuese, que estaría mucho mejor sin la presencia de LaValle, descubriría que el hechicero estaba más que preparado para defenderse y que era muy capaz de hacerlo. No así con respecto a Entreri, LaValle lo sabía, y por ese motivo la visión de aquel hombre lo inquietaba tanto. Tras haber observado al asesino durante muchos años, había llegado a darse cuenta de que, con respecto a Entreri, sencillamente no existían defensas suficientes.

Permaneció sentado en el lecho hasta muy entrada la noche, intentando recordar todos los detalles de cada uno de los tratos que había tenido alguna vez con el asesino y haciendo un esfuerzo por imaginar qué, si es que existía algo en particular, había hecho regresar a aquel hombre a Calimport.